



CUANDO LA UNIVERSIDAD SALVA VIDAS

La enseñanza superior, una herramienta de cooperación



PUÑO

JOSE MARÍA ROBLES

Jaime Tarazona se plantó en Chile una semana después del terremoto. Irene Wolff fue a Perú para tres meses... y se quedó tres años y medio. Yolanda Torres estuvo dos días en Haití y ahora evalúa el riesgo sísmico del país antillano. Los tres sienten estupor y temblores cuando se les pregunta por Japón. Y, por supuesto, tras el *flashazo de déjà vu*, identifican protocolos y reconocen el terreno mejor que nadie.

Ajena a cualquier tipo de crisis menos, precisamente, a la humanitaria, la solida-

ridad se extiende fuera de España gracias, también, al compromiso y al esfuerzo de los jóvenes. El último informe sobre el sector de las ONG para el Desarrollo en España –correspondiente a 2009– cifraba en 1.600 las personas que en el ejercicio anterior habían participado en programas de voluntariado internacional. Otras 900 se desplazaron al exterior como cooperantes, mayoritariamente mujeres de entre 25 y 44 años. Algunas de ellas, procedentes de la enseñanza superior. / PÁGINAS 2 Y 3



COOPERACIÓN



Un voluntario de la Cruz Roja japonesa busca supervivientes entre los escombros de la localidad derruida de Otsuchi. / EFE / SOCIEDAD JAPONESA DE LA CRUZ ROJA

LA UNIVERSIDAD, 'KIT' DE EMERGENCIA

«Para acudir a una zona de desastre no sirve sólo la buena voluntad; hace falta formación», según jóvenes cooperantes con experiencia

VIENE DE PÁGINA 1

Poco a poco, la universidad va haciéndose notar en el contingente de especialistas que trabajan en países en vías de desarrollo, en general, y en situaciones de emergencia, en particular. Y ello pese a que muchas organizaciones optan únicamente por seleccionar a personal que pueda acreditar una dilatada experiencia profesional y que no se encuentre en formación, lo que, por razones de edad, desdibuja en parte el mito del joven *rutero*.

Fundamental en ese impulso es la formación en solidaridad, valorada, incluso, como salida profesional. Habla Juan Daniel Oliva, profesor de Derecho Internacional Público y coordinador del master en Acción

Solidaria de la Universidad Carlos III: «Es evidente que la Universidad ofrece la capacitación técnica y la formación teórico-práctica capaz de asegurar que las intervenciones en los países del Sur en contextos de subdesarrollo o emergencia se hagan de manera eficaz y profesional. El voluntariado juega un papel clave en este tipo de actividades vinculadas con la solidaridad».

No obstante, el responsable académico de una propuesta con casi 12 años de andadura y por la que han pasado 550 alumnos puntualiza: «Hace ya tiempo que se puso de manifiesto que el trabajo de los voluntarios por sí sólo no es suficiente, e incluso en algunos contextos de graves crisis internacionales,

puede llegar a ser contraproducente en el terreno –al menos, en un primer momento de la intervención– si no está acompañado y dirigido por expertos y profesionales bien formados».

«Por ello», agrega Oliva, «se requiere de personal suficientemente cualificado. Los masters juegan un papel trascendental formando a los futuros responsables de la cooperación y la acción humanitaria, tanto en el ámbito gubernamental como en el de las ONG o las fundaciones vinculadas a las empresas».

Oliva señala que, en la actualidad se vive «un momento de reeducación» de los estudios universitarios de esta naturaleza a Bolonia, y afirma que «España se ha colocado co-

mo uno de los principales países en cuanto a la calidad y cantidad de su cooperación y sus acciones en el terreno de la solidaridad».

El estudio *Diagnóstico de la situación del voluntariado de acción social en España* se apoya en el Anuario del Tercer Sector de Acción Social (TSAS) para dibujar el perfil de quienes se preocupan por el desarrollo de las naciones menos favorecidas: «Mujer, joven y con formación superior; siete de cada 10 tiene una titulación universitaria». Conclusión: a mayor nivel de estudios, mayor participación en actividades benéficas y voluntariado informal.

El informe, además, señala que «el voluntariado es ciertamente un fenómeno más tardío aquí que en

otros países, aunque se ha incrementado muy considerablemente en la última década». Aun así, en comparación con el resto de miembros de la UE-25, la participación activa de los españoles en tareas voluntarias se sitúa en el 18%, a la misma altura de Grecia, por delante de Hungría (17%) y a una distancia estratosférica en relación a Austria (60%), Holanda (55%) y Alemania (52%).

En cuanto a la edad de las personas voluntarias, el Anuario del TSAS refleja que «cerca de la mitad de su voluntariado actual tiene menos de 35 años, frente al grupo de 36 a 55 años (32,5%) y los mayores de 56 años (22,3%)».

Asimismo, en un informe de 2008 del Observatorio de la Plataforma del Voluntariado de España se pudo apreciar que el grupo de edad con más voluntarios es el comprendido entre los 25 y los 26 años. El Observatorio llamaba la atención sobre este hecho, ya que es la edad «en la que habitualmente se comienzan a tener responsabilidades laborales y familiares, lo que podría hacernos pensar que se tiene menos tiempo para hacer labores de voluntariado».

Yolanda Torres cumple estas características. Ingeniera técnica en Topografía por la Universidad Politécnica de Madrid, estudia el master en Ingeniería Geodésica y Cartografía y trabaja en el grupo de investigación de Ingeniería Sísmica del centro. Además, es una de las coordinadoras del Proyecto *Sismo Haití* que, financiado por la UPM, pretende realizar un estudio de peligrosidad sísmica a escala nacional y capacitar a técnicos locales con talleres.



UN CENTRO DE SALUD EN MEDIO DE LA CATÁSTROFE

Karmele Villarreal cursa la adaptación al grado tras terminar Trabajo Social en la Universidad de Deusto en 2010. Desde 2007 viaja un mes al año a Haití. Con Ingenieros Sin Fronteras se fue de julio a octubre para ayudar en la reidentificación de un centro de salud proyectado antes del terremoto. «Fue como abrir los ojos a la fuerza», resume aquella primera toma de contacto. A sus 23 años, confiesa tener una segunda familia en la aldea de Arregi y especifica que el momento más duro es la vuelta a casa. «Te preguntas '¿qué hago aquí?', y te das cuenta del mundo de chorradas en el que vivimos». Reconoce el papel de agitador de conciencias del campus en materia solidaria y define así su trabajo. «Lo entiendo como parte de la responsabilidad social. No hace falta irse a Haití después de un terremoto, hay muchas otras maneras de cumplir con ella».

PLANES QUE SE PROLONGAN POR UNA BUENA CAUSA

Irene Wolff, 27 años, se licenció en Traducción e Interpretación por la Universidad de Salamanca, hizo el CAP en la Complutense antes de inscribirse en el Máster en Acción Solidaria Internacional de la Carlos III de Madrid. Justo cuando finalizaba sus prácticas en Coprodeli, una ONG con fuertes vínculos con Perú, se agrietó la región de Pisco (2007). «Llegué el día que se cumplía un mes del terremoto. Decidí irme tres meses de voluntaria y al final me quedé tres años y medio», resume, recién llegada, una singladura que le ha permitido conocer cómo se coordina la ayuda internacional, responsabilizarse de niños desatendidos tras la tragedia y, ya en una segunda fase, trabajar en cuestiones medioambientales. Wolff admite que le está costando readaptarse a la normalidad: «Para eso nadie te prepara, a veces no sabes cómo canalizar ciertas sensaciones». Define la Universidad como «plataforma de formación de ciudadanos» y considera «casi una obligación» hacer un hueco a la solidaridad en los planes educativos. Eso sí, advierte: «Para acudir a una zona de desastre no sirve sólo la buena voluntad; hace falta formación».

Torres no se ha desplazado al país caribeño con ninguna ONG, sino a instancias del Observatorio Nacional de Vulnerabilidad y Medio Ambiente haitiano y bajo tutela de la UPM. «El estado de los edificios era el que vemos en las películas de la II Guerra Mundial. Hacía casi un año que se había producido el devastador terremoto de magnitud 7 y aún no habían retirado los escombros, que se mezclaban con la basura», recuerda su inolvidable visita, en noviembre de 2010, a Puerto Príncipe.

JAPÓN ESTABA PREPARADO

Torres, por contraste, analiza lo que ha sucedido en el entorno de Sendai. «Japón es, si no el más preparado, uno de los más preparados del mundo para sufrir grandes terremotos. Los viven a diario infraestructuras y personas. Hemos sabido por un sismólogo japonés que trabaja en algunos proyectos con nosotros que, según un mapa de peligrosidad de la zona, se esperaban terremotos de magnitud 8,1. Y sin embargo, la mayoría de edificios soportó el que finalmente tuvo lugar, de magnitud 9. Las infraestructuras y las personas estaban preparadas para resistir el movimiento; no así para el tsunami».

Para esta especialista, las recientes catástrofes arrojan una lectura: «La cooperación no consiste en imponer una tecnología y solucionar un problema, sino en aprender de forma conjunta, quien ayuda y quien es ayudado».

Licenciada en Enfermería por la Universidad de las Islas Baleares, Marina Pomar, 28 años, se prepara actualmen-

te para ser matrona. Participante en los programas de inclusión social de Médicos del Mundo en las islas, también pone cara al voluntariado equipado con la mejor herramienta: la formación. En dos ocasiones, con una estancia total de siete semanas, ha tenido oportunidad de desplazarse a Haití.

«La primera vez fue muy positiva, porque ayudamos a rehabilitar la maternidad y el hospital de Petit-Goâve», cuenta quien, además, se ocupó de la farmacia del recinto y de la formación del personal. «La segunda, en cambio, fue muy dura. Hacía más de 200 años que allí no había cólera y culpaban a los blancos. Tenían miedo y no colaboraban». Para los futuros voluntarios, comenta: «Hay que ser polivalente, tener la mente abierta y aprender a trabajar con lo mínimo».

Jaime Tarazona, 26 años, licenciado en Arquitectura por la Universidad de Alcalá, pone, por su parte, voz masculina a la asistencia desinteresada en el extranjero. «Siempre había tenido ganas de cooperar, pero quería terminar los estudios para aportar algo más. Al final hay mucha gente que va a situaciones de emergencia, pero a mover cajas», confiesa quien participó como voluntario de SAR-España en Chile y Haití. Acudió una semana después de los terremotos y permaneció otro tanto tiempo. En Dichato, región de Penco, hizo labor logística. En Puerto Príncipe se vio obligado a revisar estructuras de edificios al lado de bomberos y, por ende, llegó donde casi nunca lo hace un cooperante: a un escenario conocido.



IDENTIFICACIÓN DE NECESIDADES A PIE DE CAMPO

«Cuando recibes información, no te puedes quedar con ella e irte a dormir, sino actuar». Marta Andreu, 30 años, licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad Pompeu Fabra, recuerda que vivimos en un mundo globalizado para evocar su paso por Haití —dos meses repartidos en sendas estancias— con Infancia Sin Fronteras. Colaboró en el reparto de agua, alimentos y tiendas de campaña desde el campo de desplazados de Croix-des-Bouquets. «Te sitúa en el mundo», resume su vivencia.